

# CASCADA DE NOTICIAS

El mundo católico sigue en efervescencia de noticias; lo que ocurre es que son tantas que ya el lector de los periódicos diarios, un poco cansado, pasa por ellas la vista sin pararse a reflexionar.

Por eso es conveniente hacer un alto en el camino —lo mismo el creyente que el no creyente— para captar algo de lo que está sucediendo y darse cuenta así de que hay una efervescencia que no es una mera interpretación, sino un hecho.

Sería además interesante valorar este hervor para saber si es el bullir de la vida o la agonía de la muerte.

A veces me preocupo pensando si no estaremos en un año paquebote, demasiado grande, que naufraga, y del que, a distancia, un observador no veía sino el barboteo del agua, sin llegar a apreciar si es algo positivo que emerge del mar o más bien algo que con su excesivo peso se hunde en él y del cual quedará sólo la pequeña muestra de unos naufragos que se salven de la catástrofe.

Yo —como cristiano— pienso que al menos quedarán esos naufragos heroicos para contarlo. Pero no tengo ninguna seguridad —ni el Evangelio, por más que lo leo, me la da— de que siga en el futuro existiendo un cristianismo de masas como el que hemos vivido en nuestro país y en muchas otras naciones tradicionalmente católicas.

Mi impresión es que los cristianos explícitos cada vez serán menos, pero mi confianza está no en el número, sino en algo más profundo: en ese cristianismo modesto, pero purificado, que tendrá el único orgullo de haber participado en algo de lo que es más positivo y humano en la civilización y que nació germinalmente con el fundador del cristianismo: la libertad, la cooperación, el apoyo mutuo, el progreso y la igualdad. Todos ellos temas del Evangelio, aunque no lo hayan sido de los cristianos. Y por eso hoy nos encontramos en esta encrucijada, que casi nos conduce a un despeñadero, porque otros —más conscientes o más auténticos— llevaron adelante la bandera que cayó de manos de muchos creyentes o que éstos —preocupados por su propio egoísmo— abandonaron. Y los creyentes supervivientes —que siempre existirán, aunque sean pocos— serán nuevo fermento de esta bandera, que ya no será exclusiva suya, sino compartida con el resto de la Humanidad.

Veamos en rápida ojeada esta efervescencia de cara y cruz, que para mí ha de ser de consecuencias nada masivas ni triunfalistas, por más que algunos quieran falsamente ilusionarse con algo que había antes, pero que ya no volverá en la obligada purificación que comienza en el mundo católico, y que fue desencadenada por el Concilio.

Nuestra reciente Asamblea de Sacerdotes y Obispos, la primera de la época moderna y contemporánea, decidió —en su conclusión número 45— que «los representantes de la Iglesia deben mantenerse al margen de los órganos de gobierno o de representación política (Cortes, Consejo del Reino...)». Pero monseñor Cantero (uno de los tres obispos procuradores en Cortes) aclara en estos días, para explicar su decisión contraria, que esta Asamblea eclesialística no tenía carácter obligatorio, y dice que se ha sentido llamado por razones humanas y jurídicas a seguir aceptando este cargo.

La Asamblea plenaria del episcopado francés ha condenado duramente al integrismo católico de esa nación, que constituye el ala de extrema derecha entre los creyentes del vecino país. Pero le da, sin embargo, la razón al conservadurismo religioso, y precisamente en una de sus batallas fundamentales: la campaña que ha llevado contra aquellos clérigos que inteligentemente pretenden implantar «el bautismo por etapas». Porque gran parte de los sacerdotes franceses querían terminar —con toda razón— con la rutina religiosa de muchas familias, que bautizan a sus hijos —a pesar de no ser creyentes en la práctica— por costumbre social, y han establecido el criterio de diferir el bautismo de los niños recién nacidos hasta que, mejor ilustrados los padres en las exigencias del cristianismo, sean conscientes de lo que piden a la Iglesia para sus propios hijos. Pero los ultraconservadores no lo quieren así, y prefieren que se siga con la costumbre exterior de siempre, aunque sea muchas veces una actitud insincera por parte de los padres o incluso, en ocasiones, una burla casi sacrílega.

Monseñor Capovilla, el secretario del gran Papa Juan XXIII, ha pasado de ser el hombre de confianza de uno de los más grandes y cristianos Pontífices de la Historia a encontrarse sin actividad pastoral. Era el arzobispo de Chieti —nombrado personalmente por Pablo VI, a pesar de los enemigos que tenía en la Curia— y resultaba un doble de aquel ejemplo sencillo y realista (y por eso casi revolucionario) de su maestro, el Papa Roncalli. Pero esta actitud resultaba molesta para los «rutinarios» eclesialísticos y para los «establecidos» en la estructura burocrática de la Iglesia. Y con bien poco acierto, las oficinas vaticanas le han convertido hace unos días, como dice él mismo en su pastoral de despedida a sus antiguos fieles, en un «pastor sin grey ni territorio». Va a Loreto, en un elegante ostracismo, a cuidar de la basilica, pero no de las muchas personas que en el mundo de hoy necesitan consejo realista y apoyo humano. Desde ahora pasará de la situación activa que tenía a una situación extraña, en la que vivirá para cultivar una devoción semisupersticiosa, como es la que representa esta iglesia. Porque Loreto pretende ser el lugar donde se trasladó hace siglos la casa de la Virgen María desde Palestina, por arte casi de magia angélica, aunque sin ninguna base histórica ni científica.

La Santa Sede romana dialoga —y ahora parece que en forma definitiva— con el Gobierno polaco. La época victimista del cardenal Mindszenty ha terminado y estamos inaugurando un tiempo más realista, en el que desaparecen esos espectaculares sacrificios eclesialísticos que nada han conseguido para la fe ni la libertad de los creyentes. Lo malo es que hasta hace bien poco se nos decía que esta convivencia era «cooperación al mal» y hoy —sin que haya sucedido ningún cambio sustancial en estos países tras el telón de acero— se nos dice lo contrario. ¿No hubiese sido mucho mejor, más razonable y más educativo haber empezado desde el principio por propugnar esta cristiana actitud que ahora estamos adoptando, sin discriminaciones ideológicas ni enfrentamientos inquisitoriales?

El periódico *Le Monde*, prototipo de la cultura francesa —con esa difícil mezcla de delicadeza y sinceridad que tiene—, ha descubierto que el Vaticano paga poco a sus empleados y obreros, y que, además, carecen de una organización sindical para poder defender sus derechos en este pequeño Estado católico, cualitativamente el más importante y el primero del mundo. A *Le Monde* le ha replicado, con su romana habilidad, el *Osservatore*, pero en esta lid ha mediado también el católico *La Croix*, con cauta postura, echando «una de cal y otra de arena». El periódico oficioso del catolicismo francés dice que «hay que denunciar en el mundo a otros patronos peores que el Vaticano», pero se apresura a añadir: «¿No podría ser que esta polémica oculte el verdadero problema? Porque se puede decir, sin ofensa para nadie, que las relaciones laborales en el Vaticano llevan la marca de un paternalismo que, aunque sea de un tipo muy particular, no deja de ser paternalismo». A buen entendedor, con media palabra basta.

Los teólogos más científicos y más serenamente avanzados proceden del mundo germano (ahí están, entre otros, Rahner, Haering, Metz y Küng). Pero el progresista semanario católico «Publik», patrocinado por la jerarquía católica alemana, va a desaparecer, ya que ésta, «por razones económicas» —y a pesar de ser el catolicismo alemán muy boyante financieramente—, le va a retirar la subvención que le permitía tener un puesto de primera línea en el periodismo religioso alemán. Últimamente tiraba 95.000 ejemplares y proporcionaba una extensa divulgación de las ideas católicas posconciliares, con indudable prestigio entre el público de ese país. Por eso el teólogo Karl Rahner, indignado ante esta maniobra poco clara, ha dicho: «La supresión de este periódico supone un retorno del catolicismo al "ghetto"». Y tiene razón: ese resguardarse de cualquier problema real con la táctica del silencio hace perder constantemente posiciones y aprecio en el mundo de hoy a los católicos.

¿Qué pensar de todo ello? Mi opinión está clara: que reflexionen ahora los lectores, porque ellos tienen la palabra.

MIRET MAGDALENA